

que se ven con frecuencia lucir grandes y hermosas sortijas y que pertenecen á hombres que tienen gusto por los trabajos manuales y que hallan placer en la posesión de objetos de gran precio.

Volodia perdió indudablemente, pues el señor que estaba mirando el juego hizo la observación de que mi hermano estaba de malas, y Dubkov tomó su cartera y escribió en una de sus hojas algunos números, que luego enseñó á Volodia diciéndole:

—Es esto?

—Esto exactamente!—contestó mi hermano haciendo que miraba lo escrito en el papel.—Ahora podemos ya irnos.

Volodia se fué con Dubkov, y Dmitri me tomó en su coche.

—A qué jugaban?

—Al *piquet*. Es un juego muy tonto... aunque, en general, el juego no es sino una gran tontería.

—Juegan fuerte?

—No... Pero, de todas las maneras, es una cosa mala.

—Vos no jugáis?

—No, me he dado á mí mismo la palabra de no jugar jamás; pero Dubkov no se puede pasar sin ganarle algo á alguien.

—Esto no está bien,—dije yo.—Y probablemente Volodia juega peor que él.

—Claro es que no está bien, aunque no hay en esto nada extraordinariamente malo. A Dubkov le gusta jugar y juega bien, y sin embargo de todo esto es un excelente amigo.

—No es que lo haya yo puesto en duda...

—Ni se puede pensar nada malo de él, pues es de veras un buen muchacho. En cuanto á mí, le quiero y le querré siempre, á pesar de todas sus debilidades.

Paréceme, aunque no sabría decir por qué, que Dmitri defendía con tanto calor á Dubkov precisamente porque ya no le quería ni le creía digno de su estimación; pero se empeñaba en no confesarlo en parte por tozudería, en parte para que no se le acusase de inconstancia. Era de esta clase de hombres que quieren á sus amigos toda la vida, no porque sus amigos les sean siempre fieles, sino porque habiendo amado un día á un hombre, aunque se hayan engañado, piensan que es cosa mala retirarles después su afección.



XV

Se me felicita

VOLODIA y Dubkov conocían los nombres de todos los mozos de casa lar, y todos, desde el portero al patrón, les demostraban una consideración extrema.

Se nos acompañó inmediatamente á un gabinete particular y nos sirvieron una soberbia comida, arreglada por el propio Dubkov sobre el *menú* francés. La botella de *champagne frappé*, que yo trataba de mirar con la mayor indiferencia posible, estaba ya preparada. La comida fué muy agradable y muy alegre, pues Dubkov, como siempre que se hallaba en situación semejante, no se cansó de contarnos, como si fuesen verdaderas, las más extravagantes historias. Entre otras cosas nos contó que su abuela mató á arcabuzasos á tres bandidos que la atacaron en desoblado y quisieron abusar de ella...—Mientras contaba esto yo me avergoncé por él, y bajos los ojos no me atreví siquiera á mirarle. Volodia se mostraba inquieto cada vez que iba yo á hablar,—lo cual fué absolutamente inútil, pues recuerdo que no dije nada de que hubiese de avergonzarse. Al servirse el *champagne*, todos me felicitaron, y enlazado de brazos con Dubkov y Dmitri bebimos juntos en honor de nuestra futura amistad, y enseguida nos besamos. Como yo no sabía quién ofrecía la botella de *champagne* que acabábamos de bebernos, quise regalar á mis amigos con mi propio dinero, que acariciaba á cada punto dentro de mis bol-

sillos. Saqué disimuladamente un billete de diez rublos, y llamando al mozo le di el dinero, y en voz baja, pero de modo que todos lo oyesen, le dije «que me hiciese el favor de traernos otra media botella de *champagne*». Volodia se ruborizó extraordinariamente y sacudió con fuerza sus hombros y me miró con espanto á mí y luego á los demás, lo cual me dió á entender que había comedido una plancha. Sin embargo, nos trajeron la media botella, nos la bebimos alegremente y todo pareció que seguía su curso natural. Dubkov no paraba de mentir con su habitual frescura, y Volodia contaba historias alegres que nunca hubiera esperado de él, riéndonos todos mucho. El carácter de sus bromas consistía en la imitación y exajeración de aquella anécdota bien conocida: «De modo que estabas en el extranjero?» figura que uno pregunta, y el otro le contesta: «No, yo no estaba entonces; pero mi padre toca la guitarra». En esa clase de cómico por el absurdo llegaban á una verdadera perfección... A todo género de preguntas contestaban en ese mismo tono, y aún á veces sin pregunta ninguna trataban de enlazar dos proposiciones enteramente contradictorias, y todo esto lo hacían con tan extraordinaria seriedad aparente, que resultaba la cosa más cómica del mundo. Empecé á comprender en qué la cosa consistía, y quise yo también decir alguna de las mías; pero todos me miraron tan extrañamente y con visible temor de que dijese ó hiciese alguna patochada que mi chiste no resultó, y todos apartaron de mí los ojos. Dubkov me dijo: «Tú divagas, querido diplomático». Pero el *champagne* y la compañía de los que eran mayores que yo me había sido tan agradable, que esa observación no me molestó lo más mínimo. Únicamente Dmitri, aunque había bebido lo mismo que los demás, conservaba su disposición de espíritu severa y algo triste, lo que ponía un poco de freno á la alegría general.

—Bueno, ahora escuchad, señores!—dijo Dubkov;—después de comer, tomaremos por cuenta nuestra al diplomático, nos lo llevaremos á casa de *nuestra tía*, y una vez allá...

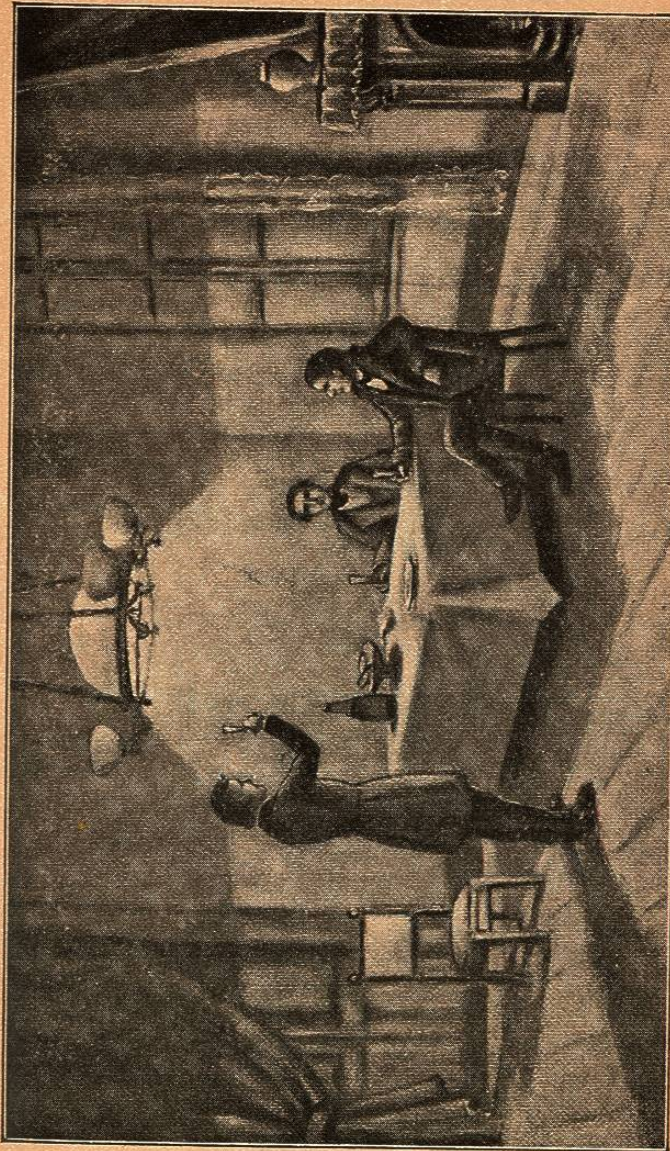
—Nekhludov no vendrá!—dijo Volodia.

—Eres un tímido y un miedoso insoportable,—añadió Dubkov dirigiéndose á Dmitri.—Vente con nosotros, y te convencerás de que *nuestra tía* es una excelente mujer.

—No solamente no vendré, sino que tampoco permitiré que él vaya,—exclamó Dmitri poniéndose todo encarnado.

—Quién, el diplomático? Verdad que quieres tú venir?... Mira cómo se ha alegrado apenas he nombrado á *nuestra tía*.

—No, no quise decir que no le dejara ir,—Dmitri prosiguió



TOLSTOÍ.—LÁM. VIII

levantándose y empezando á pasearse por el gabinete sin mirarme;—lo que digo es que no le aconsejo que vaya, y que yo no quisiera que fuese. Ya no es un niño, y si quiere puede ir, pero sin vuestra compañía. Y en cuanto á tí, Dubkov, debieras avergonzarte, pues porque tú obras mal quieres que los demás hagan lo mismo.

—Qué mal hay,—dijo Dubkov guiñando el ojo en dirección á donde estaba Volodia,—en que yo os invite á todos á tomar una taza de té en casa de *nuestra tía*? Pero, si á tí te desagrada, como tú quieras, yo iré con Volodia. Volodia, vienes?

—Vengo!—dijo Volodia.—Iremos allá un rato, después volveremos á casa y continuaremos nuestro interrumpido *piquet*.

—Vaya, quieres irte con ellos ó no?—me preguntó Dmitri viniendo hacia mí.

—No quiero ir,—contesté haciéndome á un lado en el diván para dejarle sitio;—no tengo deseos de ir, y si tú me lo desaconsejas, no iré de ninguna manera.—Luego añadí:—En realidad no estoy en lo firme al decir que no quiero ir con ellos; pero la verdad es que estoy contentísimo de no ir.

—Muy bien!—dijo Dmitri,—vive á tu modo; pero no bailes nunca al son que otro toque, es lo mejor.

No solamente esa pequeña discusión no disminuyó el placer que sentía en aquellos momentos, sino que lo acreció todavía. Dmitri recobró de pronto su dulce disposición de espíritu, aquella disposición que yo tanto prefería. Cómo después he podido muchas veces observar, toda acción buena ejercía esta misma influencia en él. En aquel momento estaba contento de sí mismo, pues juzgaba haberme librado de un peligro. Se puso muy alegre, pidió otra botella de *champagne*, lo que estaba en contra de sus principios, invitó á entrar á un caballero desconocido, que estaba en el restaurant, le hizo beber con nosotros y hasta cantó el *gaudeamus igitur*; nos pidió á todos que le hiciésemos coro, y finalmente propuso dar un paseo en coche por los jardines de Sokolniky, á lo cual objetó Dubkov que le parecía la cosa excesivamente sentimental.

—Divirtámonos hoy y alegrémonos en honor de su entrada á la Universidad. Me emborracharé hoy por la primera vez, no importa...—hizo Dmitri sonriendo.

Toda esta alegría le iba muy extrañamente á Dmitri, quien tenía el aire de un preceptor ó de un buen papá, que se ha excitado un poco, y quiere alegrar á sus hijos, demostrándoles que se puede uno divertir muy honestamente, guardando todas las con-

veniencias; sin embargo, esta alegría suya se nos pegó á todos, con tanta mayor facilidad por cuanto cada uno de nosotros nos habíamos bebido nuestra media botella de *champagne*.

En tan agradable disposición de espíritu salí yo solo á la gran sala del establecimiento para fumar el cigarrillo que me había dado Dubkov.

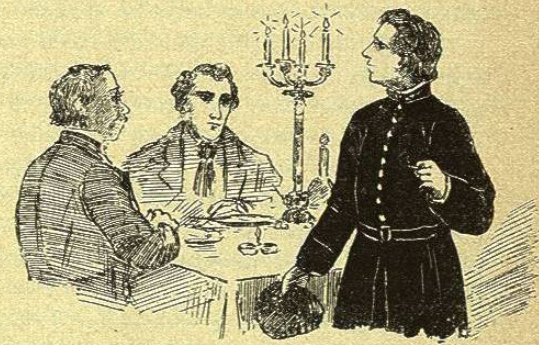
Al levantarme de la silla, observé que la cabeza se me iba un poco, que mis piernas se negaban casi á andar y que mis manos no sabían permanecer en su posición natural sino esforzándose mucho en ello; de no hacerlo así, mis piernas se me iban por donde querían y mis manos ejecutaban involuntarios gestos. Concentré toda mi atención en mis miembros, ordené á mis manos que se agitasen convenientemente y abrochasen mi vestido, que arreglasen un poco mis cabellos que en aquellos momentos se mantenían lo más tiesos del mundo, y á las piernas les dí la orden de que se encaminasen hacia la puerta, y lo ejecutaron en verdad, pero andando unas veces muy aprisa y otras muy despacio, singularmente la pierna izquierda que á cada paso se encogía y se me quedaba apoyada en la misma punta del pie. Una voz me gritó: «¿Dónde vas? Ya nos traerán lumbre». Adiviné que la tal voz era la de mi hermano y hallé un íntimo placer en haberlo adivinado á pesar de todo, pero á manera de contestación no hice más que dibujar en mis labios una vaga sonrisa y proseguí mi camino.



XVI

La disputa

EN la gran sala, comiendo ante una pequeña mesa, estaba sentado un señor, pequeño y regordete, con unos bigotes muy rubios. A su lado se hallaba sentado un hombre alto y moreno, sin bigotes. Hablaban en francés y la mirada que me dirigieron al ver que yo avanzaba hacia ellos me intimidó un poco, pero decidí encender mi cigarrillo en una de las bujías que en su mesa ardían, por lo cual seguí avanzando, aunque ladeada un poco la cabeza, para evitar sus terribles miradas... Llegué y encendí en la bujía mi cigarro. Mientras hacía esto, no pude dejar de mirar al señor que estaba comiendo, y ví que sus ojos grises y sin brillo estaban fijos en mí con expresión nada tranquilizadora. En el momento de girar sobre mis talones para volverme, sus bigotes



rubios se agitaron y dijo en francés: «Caballero, no permito que se fume mientras yo como».

Yo murmuré alguna excusa que ni yo mismo entendí.

—Digo que no consiento esto—añadió el de los bigotes echando una mirada sobre el de la cara rapada, como para indicarle que se preparase á admirar la lección que iba á darme.—No soy amigo, caballero, no soy amigo de los sinvergüenzas que se atreven á fumar en mis propias barbas.

Comprendí entonces que aquel señor me estaba dirigiendo una reprimenda, y me creí en realidad culpable con él.

—No pensé que esto pudiese molestaros lo más mínimo,—dije.

—Cómo tampoco habréis pensado en que sois un mal educado, y en cambio yo sí lo pensé,—gritó el señor.

—Con qué derecho os permitís gritar así?—dije sintiéndome ofendido y empezando también yo á enfadarme.

—Con el derecho que tengo para no permitir á nadie que me falte, y con el mismo con que voy á dar una lección á un jóvenzuelo tan mal educado. Cómo os llamais y dónde habitáis?

Estaba yo excitadísimo, mis labios trémulos palidecian y la respiración me faltaba. No obstante, me sentí probablemente culpable de haber bebido demasiado *champagne*, y no tan sólo no injurié al señor aquel sino que le dí lo más cortésmente que pude mi nombre y mi domicilio.

—Yo me llamo Kolpíkov, señor, y de aquí en adelante sed más comedido. Ya tendréis noticias mías.

—Con mucho gusto...—acerté yo á decir tan sólo, procurando dar á mi voz la mayor firmeza posible. Me volví y con el cigarrillo en los labios, el cual se había ya apagado, entré en el gabinete.

No dije nada á nadie de lo que había pasado, con menos motivo aun, pues se hallaban empeñados mis amigos y mi hermano en una acalorada discusión. Me senté solo en el diván y me quedé pensando en mi extraña aventura; las palabras: «Sois un mal educado!» resonaban en mis oídos y me indignaban cada vez más. Mi borrachera se había completamente disipado. Al pensar en el modo cómo me había portado en este asunto, me vino de pronto la terrible idea de haber demostrado una excesiva cobardía. «Con qué derecho gritó aquel señor contra mí? Por qué no me ha dicho cortésmente que mi acto le molestaba? Pero, ha sido él el culpable? Entonces, cuando me ha dicho que yo era un mal educado, por qué no le contesté: El mal educado, caballero, es aquel que se permite una semejante grosería!—O bien, por qué no le he gritado: *Callaos!* Hubiera sido admirable y de gran efecto. Por qué no le he

desafiado al menos? Nada de esto he hecho, sino que, como un gran cobarde he consentido en la ofensa: «Sois un mal educado!» Y esta frase resonaba incesantemente en mis oídos y me enervaba.

«No, la cosa no puede quedar así!» pensé, y me levanté con la firme intención de volver á ver á aquel caballero y decirle algo terrible, quizás hasta golpearle la cabeza con el propio candelabro, si ello fuese preciso. Me dió gran alegría este último partido tomado, y volví á la gran sala, en la cual, sin embargo, entré con un cierto temor. Por fortuna, el señor Kolpíkov no estaba ya allí, y en la sala no había más que el camarero que estaba arreglando las mesas. Se me ocurrió la idea de contarle lo que había pasado, haciéndole entender que no era yo el culpable, pero después de reflexionar un poco desistí de ello, y con la más sombría disposición de espíritu volví otra vez al gabinete.

—Qué se ha hecho nuestro diplomático?—decía en aquel punto Dubkov.—Quizás esté decidiendo la suerte de Europa entera.

—Bah! déjame en paz, dije en tono de muy mal humor. Y enseguida, empezando á dar grandes pasos á través de la estancia, me fué pareciendo que Dubkov no era del todo un buen hombre. Y siempre con sus eternas bromas, siempre con su mote el «diplomático...» no es cosa muy agradable. No sabe más sino ganar el dinero á Volodia y luego irse á casa de una *tía* cualquiera... no es cosa muy agradable. Todo lo que dice no son sino mentiras ó banalidades, y siempre está buscando de quien pueda burlarse». Durante cinco minutos estuve haciendo reflexiones por este estilo acerca de Dubkov, y sentí crecer en mí una hostilidad tremenda contra él, mientras éste no demostraba el menor interés hacia mí, y esto me exasperaba aun más. Sentía hasta una especie de rencor contra Volodia y aún contra Dmitri porque hablaban con él.

—Comprendéis, señores? Es preciso dar una buena ducha á nuestro diplomático, pues no se porta muy bien,—exclamó de pronto Dubkov, mirándome con una sonrisa que me pareció pérfida más aun que burlona.—Os juro que no se porta bien!

—A vos si que será preciso daros una buena ducha; vos sois el que no se porta bien,—repliqué con una irónica sonrisa en los labios, sin acordarme de que le había tuteado ya.

Esta respuesta extrañó probablemente á Dubkov, pues me miró un rato con cierta sorpresa y luego con indiferencia volvió á su conversación con mi hermano y Dmitri.

Intenté un momento tomar parte en su conversación, pero comprendiendo que sería imposible fingir, me volví á mi rincón de poco antes, y allí me estuve hasta que partimos.

Una vez pagada la cuenta y mientras nos arreglábamos para salir, Dubkov saltó, dirigiéndose á Dmitri:

—Muy bien! Y á dónde encaminarán ahora sus pasos los nuevos Orestes y Pílates? Probablemente se irán á casa á hablar del amor; nosotros, en cambio, nos iremos á hacer una visita á *nuestra tía*, encantadora mujer, y os aseguro que eso vale mucho más que vuestra insípida amistad.



—Cómo os atrevéis á burlaros de nosotros?—grité de súbito acercándome á él con los ojos encendidos y agitando las manos.—Cómo os atrevéis á burlaros de los sentimientos que no comprendéis? Eso no os lo permitiré! Callad!—Y el que se calló fuí yo mismo, no sabiendo ya qué cosa añadir y ahogándome la emoción.

Dubkov se quedó primeramente muy sorprendido, después quiso reirse y tomar á broma la cosa, pero finalmente, con gran extrañeza mía, cerró los ojos y bajó la cabeza como asustado.

—Jamás pensé en burlarme de vos ni de vuestros sentimientos; he dicho todo esto sin mala intención,—dijo con voz apagada, que me pareció hasta temblorosa.

—Eso es!—grité yo, y al mismo tiempo sentí lástima de Dubkov y le compadecí, pues su rostro expresaba una gran confusión y hasta un verdadero dolor.

—Pero, qué tienes?—preguntaron á un mismo tiempo Volodia y Dmitri.—Nadie ha querido aquí ofenderte.

—Sí que ha querido ofenderme...

—Vaya un muchacho resuelto, tu hermano!—dijo Dubkov cuando yo había pasado ya la puerta, y él creyó que no le podría oír.

Quizás me hubiera precipitado otra vez sobre él para injuriarle de nuevo, pero en aquel punto el camarero que había presenciado mi escena con el señor de Kolpikov me presentaba el abrigo, y esto me calmó instantáneamente. Pero delante de Dmitri continué fingiendo cierto enervamiento, para que mi súbito sosiego no pareciese extraño. Al día siguiente me encontré á Dubkov en el cuarto de Volodia, pero no hicimos la menor alusión á la historia lamentable del día antes y continuamos con el tratamiento de «vos», siéndonos muy difícil, sino imposible, lo mismo al uno que al otro, mirarnos frente á frente.

El recuerdo de mi querrela con el señor de Kolpikov, que ni al

día siguiente ni nunca me dió noticias suyas, fué para mí durante muchos años muy vivo y muy penoso. Me reconvenía á mí mismo, aún cinco años después, siempre que recordaba el ultraje no vengado; pero me consolaba al recordar con vivísimo placer lo bien y lo valeroso que me había portado en mi disputa con Dubkov. Hasta muchísimo más tarde no empecé á sentir de muy distinto modo estos dos hechos; por lo que se refiere á Kolpikov me hacía reir su recuerdo, y en cambio lamentaba muy hondamente la ofensa inmerecida que infligí á ese *buen muchacho* de Dubkov.

Cuando la misma noche conté á Dmitri mi aventura con el señor de Kolpikov, cuyo retrato le hice con exactitud, se quedó todo extrañado.

—Es el mismo,—dijo—figúrate que ese Kolpikov es un canalla, muy conocido; es griego, pero más que nada es un cobarde. Sus camaradas lo hicieron expulsar del ejército, porque habiendo recibido un día una bofetada no quiso batirse. Dónde habrá ahora adquirido valor?—añadió mirándome sonriente.—No dijo más que alguna grosería?

—No,—contesté lleno de vergüenza.

—Verdad que no sería cosa muy agradable; pero tampoco tiene verdadera gravedad,—concluyó Dmitri como para consolarme.

Solamente mucho tiempo después, reflexionando con calma en esa aventura, hice la suposición, muy verosímil, de que el señor de Kolpikov, sintiendo que podía impunemente insultarme, se vengó, en presencia de un amigo, de la bofetada que había recibido muchos años antes, así como yo me vengué en el acto de la frase «mal educado» sobre el inocente Dubkov.